

La obra recoge datos de primera mano, que estaban dispersos y que suponen una contribución apasionante a la historia católica oculta de aquellos tiempos del franquismo. Y digo oculta porque esas minorías católicas valientes fueron sistemáticamente silenciadas en aquel período y, sin embargo, son casi el único fermento vivo del cristianismo que había en el país. El nacional-catolicismo sólo tuvo una réplica: la de los militantes de apostolado especializado, como la JOC, o la de aquellos guerrilleros espirituales que luchaban en solitario —con la pluma, la palabra o la acción— contra la gran fuerza del ambiente oficial que era el único que tenía facilidades para desarrollarse.

Un libro de historia viva de fondo, aunque esté redactado muy documentalmente y siguiendo paso a paso los hechos históricos de aquellos años, que son tan desconocidos —en su incoformismo cristiano— para la gran masa del pueblo español. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

CINE

Fiebre en el sábado noche

Hollywood descubrió un día que, además de las señoras Miniver que iban a los cines por la tarde, había una juventud descarriada que se había apartado de su camino cinematográfico. Y para esa juventud inventó el cine de jóvenes: cuantos "tics" destacara la prensa reaccionaria, el cine lo llevaba a sus imágenes; cuantas opiniones ignorantes tuviera el burgués gordo reaccionario, el cine lo llevaba a sus imágenes, pero, eso sí, fingiendo que se hacía un cine del momento, un cine que recogía como pancarta propia las protestas, las incomodidades o las angustias de esa juventud a la que se dirigían las películas. Con las excepciones de rigor —"Easy rider", por ejemplo—, estas películas americanas son tanto mejor lanzadas publicitariamente cuanto más falso, cretino y oportunista es su contenido. Tenemos el recuerdo de un "Rocky" reciente para abrirle las carnes a cualquiera y ahora nos traen una especie de segunda parte, "Fiebre del sábado noche", que aumenta todavía más los espantos de aquella película ganadora

de tantos Oscar. Porque si "Rocky" era una película de buenos y malos (aunque más de buenos que de malos), falsa en sus datos, con actores siniestros y profundamente reaccionaria en sus planteamientos, tenía al menos —comparada con esta "Fiebre del sábado noche"— la habilidad de Scorsese para montar numeritos de circo que impresionaran al personal. (Escribiendo esto se siguen abriendo las carnes: tener que destacar como mejor el trabajo de Martin Scorsese que el de este John Badhan es una aberración traumatizante.) "Fiebre del sábado noche" es de tal torpeza en su realización, de tal esquematismo en su desarrollo, de tal aburrimiento en su puesta en escena, de tal oportunismo en su "contenido" (?) que casi, casi, cualquier



"Fiebre del sábado", de John Badhan.

otra película del género es mejor. Y esto se mantiene sin necesidad de recordar "Buscando al señor Goodbar", película igualmente correspondiente a esta moda, pero que tiene, frente a las otras, el talento y la sensibilidad de Richard Brooks, aun cuando sus planteamientos ideológicos no fueran al principio distintos.

Es cierto que "Fiebre del sábado noche" recoge como personaje a ese macarra de discoteca, ingenuo y violento, sensible y solitario, con ambiciones limitadas, desengañado a su manera, personaje típico de un momento histórico y de una clase social, que ofrece en su propia existencia una especie de denuncia de las injusticias inherentes a una sociedad dividida en clases. Pero la existencia de la coca-cola es también un dato del imperialismo americano y no por eso la contemplación de una simple botella conduce inmediatamente a reflexiones políticas trascendentes. No basta

con mostrar al macarra; hay que acercarse a él con un punto de vista, con una intención, con una mínima profundidad (lo que hace Richard Brooks con su personaje femenino de "Buscando al señor Goodbar"). John Badhan no hace nada de esto, ni le importa ni creo que sepa hacerlo. El resultado de su "Fiebre del sábado noche" es tan monstruoso que da escalofríos. Personas normales, abstenerse. ■ DIEGO GALAN.

"Valentino"

Las películas de Ken Russell suelen ser histriónicas, superficiales, de una fealdad estética cercana al macarrismo y de una falsedad histórica —por la utilización que hace de los datos



"Valentino", de Ken Russell.

"Mujeres enamoradas", "Mahler", "La pasión de vivir" o "The boy friend" tenían en ocasiones sorpresas; la propia exageración de su puesta en escena era casi una virtud; es decir, tal cantidad de espanto junto se salía de la mediocridad. Por ello, cuando se estrenó "El Mesías salvaje" hubo una sorpresa colectiva: se trataba de una película "normal" e incluso interesante. Por eso ahora con "Valentino" la sorpresa es idéntica. Ken Russell ha sido capaz de reprimir sus afanes grandilocuentes para realizar una película en planos lógicos y con una estructura dramática incluso sensata. "Valentino", es, pues, a partir de ese momento, una película que puede verse.

Lo que, naturalmente, no cambia suficientemente el resto de excesos clásicos en Russell: su incapacidad por profundizar seriamente en lo que trata. "Valentino" no es una biografía del famoso actor porque faltan datos que la compongan como tal; no es tampoco una radiografía de la estrella porque la película no se acerca absolutamente nada a un análisis sociológico que explicara la época en que el fenómeno Valentino se produjo; no es tampoco una explicación de cómo la industria del cine fabrica sus monstruos porque nada serio referente al cine se nos cuenta en la película. "Valentino" es, simplemente, un "show" del bailarín Nureyev. Un frente, un perfil, un balle, un desnudo, un número de actor, varios trajes, varios decorados donde el protagonista puede moverse cómodamente; una película, en fin, puesta al servicio de la mayor gloria de Nureyev.

Lo que, en definitiva, no es lo peor que podía ofrecer Ken Russell. Nureyev sale airoso del reto, encarna en su propia mitología —o en su físico— la posi-